

EDUARDO CABALLERO CALDERON



TIPACOQUE

En 25 años de escritor, Eduardo Caballero Calderón ha repetido en sus obras la parábola evolutiva de nuestra narrativa nacional. Del bosquejo inicial que constituye su primer relato extenso, *Tipacoque*, a la cima del Premio Nadal 1965, *El buen salvaje*.

Frente a *Tipacoque*, como ante otras muchas creaciones literarias, surge la tentación atrayente de la clasificación. Se cree que todo está terminado con el rótulo de “costumbrista”. Y rehuir la enmarcación en la historia de la literatura también es fácil. Al acercarnos a *Tipacoque* podemos denominarla novela neo-costumbrista. Como primer vagido novelístico de Caballero Calderón es una obra pobre, que comienza a rotular vías de expresión. Pero... el mismo nombre de novela adjudicado a *Tipacoque*, le queda grande. Relato o cuadro de costumbres con esbozo de trama y pinceladas de profundización psicológica, le sentaría mejor.

En *Tipacoque*, el narrador (y casi podríamos decir el protagonista) se identifica con don Eduardo Caballero Calderón, quien aprovechando sus experiencias —“conozco a los tipacoques mejor que nadie (1), nos dice”— mueve a su voluntad al ajedrez de los personajes, hechos y costumbres que quiere narrar.

El verbo en presente y en primera persona reluce en todas las páginas. El narrador no ve la duración de lo que cuenta. Acaba entonces con la esencia de toda narrativa; un yo que contempla o se contempla en el pasado. Si no hay duración, se

(1) CABALLERO CALDERON, Eduardo, *Diario de Tipacoque*, p. 16.

eliminan los problemas del tiempo narrativo. Los esquemas retrospectivos y prospectivos aparecerán más tarde: *El Cristo de espaldas* y *El buen salvaje*, respectivamente.

PUEBLO Y PAISAJE

El espacio —ubi de la novela— está bien logrado. Ante todo es geográfico: “El viajero que lleva diez horas de marcha en automóvil por la carretera del Norte, a los trescientos cuarenta kilómetros de Bogotá pasa por Tipacoque cuando ya va cayendo la tarde y una bruma espesa y lechosa asciende lentamente por las escarpadas laderas. Es el aliento del Chicamocha, cuyos retazos pueden verse en la profundidad, como pantanos o lagunas, desde los recodos del camino”.

En este marco geótico, se destaca el rancho:

“El rancho es el punto de mira del paisaje, el lugar donde se aposenta la vista del viajero que se detiene buen espacio (...) y como parece haber brotado de la tierra igual que un árbol o una roca, adquiere la importancia capital de una síntesis. Todos los elementos del paisaje confluyen en el rancho: el árbol que se esponja y se sacude al viento parece puesto allí para protegerlo; para descubrirlo el caminito que sigue dócilmente el espinazo de la loma...”.

Al rancho se suman trapiches, cultivos, ríos y montañas. Un cielo inmenso completa el paisaje. Allí vive el hombre, que se apodera de esta tierra, la lleva en el alma y en ella quiere morir.

Caracteres y actitudes populares son reflejo del paisaje. Frutos del mismo. Algunos matices de alma boyacense resaltan como rasgos tipificantes de los personajes. Dejando a un lado al narrador-protagonista, epicentro de vigencia de los demás actores, Santos es la mujer fuerte, cuasi eterna, con la sabiduría de la experiencia y arquetipo humano. Marcos Lizarazo, trabajador y politiquero. Siervo Joya, montañés amante de su soledad y monotonía. Don Carlos, el filósofo del sentido común. El bandido Palomo, amparado por su don de ubicuidad, el letrado y quijotesco hidalgo de Soatá y don Creso, gamonal del pueblo. No faltan el tendero, el regidor y el cura y demás personajes que constituyen el pueblo, verdadero protagonista de este relato.

El diálogo es escaso, como en la totalidad de los novelistas colombianos. En ocasiones parece que Caballero Calderón tuviera

cierto temor en permitir la expresión tosca y sencilla de los campesinos. Prefiere reemplazarla con la narración. Narración y descripción son dos grandes valores de este relato. Se deben al estilo claro, ágil, detallista, satírico y pleno de humor. Colorido y vida, uso apropiado de la jerga campesina, ironía y crítica le son característicos. No se olvidan los momentos de honda filosofía y las apreciaciones religiosas, políticas y socioculturales.

“La novela es siempre la vida del pueblo” (2), afirma Rojas Herazo. El novelador la crea, la hace protagonista, patente a los ojos de un público ávido de conocerla. Porque Colombia es la expresión de su novela. Tambo, Cedrón, Macondo, Puerto, Tipacoque y otros pueblos lo reflejan. Conocer algunos de estos pueblos es vislumbrar su alma, sus valores humanos que irrumpen en la vida toda.

LA VIDA DE TIPACOQUE

“La vida de Tipacoque es un libro sin trama, una historia sin personajes, un ensayo sin pies ni cabeza, como es la vida verdadera y no la vida inventada” (3). Caballero Calderón sabe muy bien que copiar no es el mayor mérito del arte y sin embargo comienza su quehacer narrativo descubriendo al natural el alma boyacense, que forma parte del “género colonial campesino que está desapareciendo rápidamente en todas partes asfixiado por el tufo de la gasolina y el estatismo”.

La soledad en que viven, tanto geográfica como comunicacional-social, imprime rasgos definidos y definidores. El silencio, que solo turban “esos pequeños rumores que son manifestaciones de la vida oscura y sorda de la tierra”. Que agudiza los sentidos y da una gran tranquilidad y paz: “allí todo es más lento, más parsimonioso, más tranquilo, que en cualquier otra parte del mundo”. Que labra despaciosamente los surcos de la tierra amada, hace a los campesinos resignados y providencialistas, y a veces fatalistas y supersticiosos. Allí se ve la constancia sin método en los cultivos, la monotonía que lleva a “contarse siempre las mismas cosas”.

(2) ROJAS HERAZO, Héctor, *Premio ESSO 1967*, “LAMPARA”, N° 56, p. 24.

(3) CABALLERO CALDERON, Eduardo, *Tipacoque*, p. 148.

Concentrados en su yo, introvertidos, tienen también sus escapes psicológicos, a veces violentos e irracionales: riñas por causas de mayor o menor envergadura que suelen llegar al homicidio. Politiquería, chismes y partidismos crean segregaciones y luchas, porque unos prefieren el rojo y otros el azul. Se suma la participación en guerrillas bandoleras, y las querellas familiares, progenitoras de venganza. Y lo peor de todo: las borracheras. Sencillos, tímidos, ásperos, astutos, desconfiados y cordiales, los tipacoques se enraizan en lo concreto.

COSTUMBRES

La familia es más extensa que en las ciudades. El padrino llega a ser más importante que el padre, y a la madre se antepone la madrina. Los compadres son familiares. La mujer es tratada como una bestia de carga. El matrimonio no está sacralizado. Viven “arrejuntados” y las bodas son mala señal para la fidelidad próxima o futura. El cariño parece tosco.

En la tienda se halla el centro de información de la comunidad Tipacoque. Sus noticias y relatos más interesantes son los regionales, “los chismes del regidor a quien quieren birlar el puesto, los cuentos de fantasmas que sabe Santos, los relatos de los peones que se fueron a dar una batida en el monte, para ponerles la mano a unos bandoleros que están dando guerra a los vecinos de Onzaga”. La tienda es el lugar de las tertulias, en donde se escalpela desde el alcalde hasta el último gañán. También es el terreno obligado de paso. “El viejo Boyacá de mis abuelos (...), todo ese Boyacá rústico y sencillo como un pan caliente (...), pasaba por “La Cascada”, la venta de don Orestes” (4).

Al mercado —extensión y ampliación semanal de la tienda— llegan quimbas santandereanas, ruanas de algodón, ollas, dátiles, hormigas fritas, papas, panela, tabaco “y otras cosas que no es necesario mencionar porque no se trata aquí precisamente de levantar una estadística agropecuaria para uso de los gobiernos”.

(4) Id., págs. 67-68.

Los métodos de justicia, como el muñequero, son bárbaros. “Por aquellos tiempos se empleaban no menos de dos meses en llegar a la capital y por tanto la justicia se hacía en la misma hacienda, sin intervención de los alguaciles”.

Enfermedad y curación nos indican la rusticidad popular de los Tipacoques: “En Tipacoque y en toda la provincia del norte, por el contrario, el hombre padece de corrimientos, picadas del pecho o la espalda, escozores en los riñones, mal sabor en la boca, y a veces se vuelve ideático; nunca, por lo demás, tuvo enfermedad de libro o de junta de médicos; pero como de algo tiene que morir, o lo matan por política o muere de viejo” (5).

Los médicos, como Vera, Rodríguez y Alvarado, mezclan su oficio con la consecución de votos en su pro o en favor de su partido político:

—Yo me había comprometido con el doctor Rodríguez para ponerle los voticos en la finca...

—¿Y se la ha pasado la orina atrás compadre?... Malo, ¿no es cierto? ¡Humm!... ¿Con Rodríguez dice?... Tendré que buscar por otro lado, porque realmente creía contar con el compadre; pero en fin, si realmente está comprometido... Nada; tiene que tomarse un purgante... Pero si fueron nada más que palabras, sería cosa de pensar... Un purgante fuerte.

—Gracias, señor doctor.

Y se va, con los voticos en el bolsillo y éste aligerado en una onza de purgante”.

Algunas veces las recetas eran ineficaces, los síntomas no se descubrían o el paciente “taba tocao de muerte”. Si las friegas de aguardiente o los baños de agua trasnochada no surtían efecto, el niño moría irremediablemente. Y como corolario el velorio del difunto, con su tradicional borrachera. “Porque no se crea, como le decía Santos a Remigia: ‘El velorio ta jino’ ”.

INTERPRETACION RELIGIOSA

Caballero Calderón presenta tres manifestaciones sensibles de la religiosidad tipacoque. Las Misiones de Cuaresma se de-

(5) En diversas partes de *Tipacoque*, Caballero Calderón gusta contraponer el campo y la ciudad: el olor, la noche, las noticias, las enfermedades y las virtudes.

dican a cristianar a la población: bautizos, doctrina, primera comunión, confirmaciones, misas por las almas de los difuntos y matrimonios. La peregrinación a Chiquinquirá cada siete años. Con el párroco a la cabeza peregrinan hombres y mujeres y niños. La caravana multicolor abandona los barbechos. Llevan sus carguitas para ofrecerlas a Nuestra Señora, y “de allá vuelven los tipacoques sin un real, con el carriel o el bolsillo del seno llenos de cuadritos de la Virgen”, con registros, vitelas, anillos y prendedores. Además crucecitas, cabos de vela gastados en el santuario, recibos de Salves y un millón de años de indulgencias.

La misa es el tercero y último espectáculo de la fe. Niños que berrean y madres que les piden que se callen. Como desentonado. Banda de músicos que interpreta pasillos o torbellinos o bambucos, voladores en la plaza y el cura, que “con rostro radiante de fervor y descompuesto por el deseo cada vez más vehemente de acabar la misa y comenzar presto con el chocolate, se vuelve para decir a los fieles: *‘Ite Missa est’*”.

“Gente brava y arisca eran esos curas de la provincia. Algunos eran tan pobres, tan rotos, tan remendados, tan humildes, que la sotana verde y lustrosa por el uso les daba a media piana y dejaba al descubierto las pesadas botas de cordobán, toscas y amarillas que producían al asentar la suela un chirrido que erizaba los nervios de Monseñor. Otros tenían estampa de bandoleros, con la escopeta terciada al hombro, las alforjas en una mano y en la otra un sombrero alón, un genuino sombrero de campesino, con la cinta descolorida por el sudor y la copa salpicada de barro. Los había que llegaban a campo traviesa, sobre una mula de alquiler, como ese buen cura de Covarachía a quien le tocó en suerte un curato liberal...”. Estos sacerdotes llevan el paisaje en el alma y por esta razón son ásperos e ingratos a la vista. Como hijos de esas montañas áridas, no se les podía pedir más. El sacerdote —lo afirma san Pablo— mediador entre Dios y los hombres y los hombres y Dios, es elegido para el servicio de los hombres, y de estos hombres. Los excesos existentes quizá se deban a la mala interpretación de la adaptación, a las fallas humanas verdaderas e inventadas. Pero no todo es negativo: “este buen cura había aprendido la verdadera sabiduría que consiste en no tener apegos ni esperanzas, en aceptar las cosas como se presentan y recibir los días, así fueran malos, como buenos, porque, como él dice, gracias a Dios no fueron peores”.

Estos pastores de almas tienen a la vez un pastor: Monseñor Maldonado, a quien le tocó en suerte vivir aquella época difícil y heroica del norte de Boyacá. “Era un hombre comprensivo, y en viéndoles aquellas fachas de bandoleros, no hubiera cometido nunca la ingenuidad de pedir peras al olmo, ni buscar al cura de Ars entre esos curas de montaña. Solo se limitaba a resolverles los casos graves de conciencia, pedirles por el amor de Dios que se bañaran las manos y se afeitaran la cara, y a recordarles, de vez en cuando, que todos eran cristianos”.

Y TAMBIEN LA POLITICA

“Toda la provincia es política, quiero decir que vive bajo la permanente preocupación de la política. Y comienza en los curas y médicos hasta llegar al último godo o liberal, según se viva en Soatá o en Capitanejo”. Es el tema preferido y nunca agotado de las tertulias. El pueblo, entumecido en su somnolencia, se despierta “por tiempo de elecciones, cuando se encienden los ánimos y el furor político convierte en campo de Agramante la tranquila plaza del pueblo con su iglesia sin terminar y sus palmeras de dátil”.

De las palabras y colores pasan a los hechos. Crímenes perpetrados a pleno sol por un si eres o no eres liberal, si eres o no eres conservador. Comprar un vestido, pintar un mueble o una casa de índigo o bermellón levantaban sospechas y acarreaban sucesos algo desagradables. Las diferencias políticas se acentuaban con las elecciones. “Se habla de ellas desde meses atrás y se sigue hablando durante meses después, y cuando por la manía de hablar de eso se topan los vecinos de Capitanejo con los de Boavita o Soatá que van a la feria arreando una partida de mulas o un saco de panelas sobre las costillas, hay inevitablemente una riña, un disparo y un muerto”.

Los diarios capitalinos cuando se referían al gran Cañón del Chicamocha, afirmaban que suministraba el mayor contingente de muertos durante las elecciones. Y si el gobierno enviaba un investigador oficial, mataban al primero y al segundo (uno los godos y otro los liberales). El tercero no se atrevía a tomar las medidas del caso. Mientras sus seguidores se desangraban, los ‘políticos’ intrigaban para lograr un puesto mejor remunerado para sí y para sus segundones.

La historia de estos lances políticos descansa en el misterio. Se hace patente con el paso del Libertador Simón Bolívar por Tipacoque, el 5 de diciembre de 1826 (6). Después salieron “marchas, fugas, revoluciones victoriosas que pasaban con gran alborozo y acompañamiento de remonte, del norte hacia la capital; o guerrillas que, diezmadas y perseguidas, se batían en retirada hacia las montañas de Santander. Porque las revoluciones han transitado siempre por la soledad de este camino”. Revoluciones. Hechos sangrientos, surgen o participan de la belicosidad de Tipacoque. Son los años 1840, 1854, 1860, 1876, 1895, 1899, 1902 y 1929. Tipacoque llegó a ser nido revolucionario que contrastaba con el Tipacoque “tierra fabulosa de donde llegaban los arrieros silenciosos” (7).

Este relato de *Tipacoque* es el costumbrismo que va creando un mundo estructurado y que se orienta hacia la novela en *Diario de Tipacoque* —próxima meta de nuestro estudio—. *El Cristo de espaldas* y *Siervo sin tierra* son novelas en donde se obtiene la unidad, por el acontecimiento y el personaje, y la profundidad, por la problemática social y la cala en la psicología de los personajes. Hay un mundo de ficción que llegará a una culminación en la obra maestra de Caballero Calderón: *El buen salvaje*.

* * *

BIBLIOGRAFIA

1. CABALLERO CALDERON, Eduardo. *Tipacoque*. OBRAS, t. III, p. 8-143. Bedout, Medellín, 1964.
2. CABALLERO CALDERON, Eduardo. *Diario de Tipacoque*. OBRAS, t. III, p. 145-300. Bedout, Medellín, 1964.
3. CABALLERO CALDERON, Eduardo. *Siervo sin tierra*. OBRAS, t. III, p. 301-447. Bedout, Medellín, 1964.
4. CABALLERO CALDERON, Eduardo. *El Cristo de espaldas*. OBRAS, t. III, p. 449-584. Bedout, Medellín, 1964.
5. CABALLERO CALDERON, Eduardo. *Manuel Pacho*. Ed. Destino, Barcelona, 1966.
6. CABALLERO CALDERON, Eduardo. *El Buen Salvaje*. Destino, Barcelona, 1966.

(6) *Diario de Tipacoque*, p. 212.

(7) *Tipacoque*, p. 14.